el Jurado, el teniente y otros invitados, entre los que figuraba el médico del Palmar, un pobre paria de la ciencia, que por cinco reales venía embarcado tres veces por semana á curar en bloque á los tercianarios pobres.

El Jurado se levantó de su asiento. Ante él tenía los libros de cuentas de la Comunidad, maravillosos jeroglíficos, en los que no entraba ni una sola letra, estando representados los pagos por figuras de todas clases. Así lo habían inventado los antiguos Jurados, que no sabían escribir, y así continuaba. Cada hoja contenía la cuenta de un pescador. Nada de inscribir su nombre en la cabecera, sino la marca que cada cual ponía á su barquito y sus redes para reconocerlos. Uno era una cruz, el otro unas tijeras, el de más allá un pico de fúlica, el *tío Paloma* una media luna; y así se entendía el Jurado, no teniendo más que mirar el jeroglífico para decir: «Esta es la cuenta de Fulano». Y después, en el resto de la página, rayas y más rayas, significando cada una de ellas el pago de un mes de impuesto.

Los viejos barqueros alababan este sistema de contabilidad. Así cualquiera podía revisar las cuentas, y no había trampas como en esos librotes de números y apretada escritura, que sólo entienden los señores.

El Jurado, un mocetón avispado, de cabeza rapada y ojos insolentes, tosió y escupió varias veces antes de hablar. Los invitados, que ocupaban la presidencia, echaron el cuerpo atrás y comenzaron á conversar entre sí. Iban á tratarse primeramente los asuntos de la Comunidad, en

los que ellos no podían intervenir. Eran cosas que debían arreglarse entre pescadores. El Jurado comenzó su peroración: «*¡Caballers!...*»

Y paseó su mirada imperiosa sobre el concurso, imponiendo silencio. Abajo, en la plaza, chillaban los chicos como condenados y la charla de las mujeres subía con molesto zumbido. El alcalde hizo salir al alguacil, saltando por entre la gente, para imponer silencio y que el Jurado siguiera su discurso.

Caballeros, las cosas claras. A él lo habían hecho Jurado para cobrar á cada uno su parte y entregar todos los trimestres á la Hacienda cerca de mil quinientas pesetas, la famosa media arroba de plata de que hablaba todo el pueblo. Pues bien, las cosas no podían seguir así. Muchos se retrasaban en el pago y los pescadores mejor acomodados tenían que suplir la falta. Para evitar en adelante este desorden, proponía que los que no estuviesen al corriente en el pago no entrasen en el sorteo.

Una parte del público acogió con murmullos de satisfacción estas palabras. Eran los que habían pagado, y al quedar excluídos del sorteo muchos de sus compañeros, veían aumentada la probabilidad de conseguir los primeros puestos. Pero la mayoría de la reunión, la de aspecto más mísero, protestaba á gritos, poniéndose de pie, y durante algunos minutos el Jurado no pudo dejarse oir.

Al restablecerse el silencio y ocupar todos sus sitios se levantó un hombre enfermizo, de cara pálida con un resplandor malsano en los ojos. Hablaba lentamente, con voz desmayada; sus pa-

labras se cortaban á lo mejor por un escalofrío. El era de los que no habían pagado: tal vez nadie debía tanto como él. En el sorteo anterior le tocó uno de los últimos puestos y no había pescado ni para dar de comer á su familia. En un año había perchado dos veces hacia Valencia, llevando en el fondo del barquito dos cajas blancas con galones dorados, dos monerías que le hicieron pedir dinero á préstamo... Pero ¡ay! ¡qué menos puede hacer un padre que adornar bien á sus pequeños cuando se van para siempre!... Se le habían muerto dos hijos por comer mal, como decía el *pare Miquel*, allí presente, y después él había pillado las tercianas trabajando, y las arrastraba meses y meses. No pagaba porque no podía. ¿Y por esto iban á quitarle su derecho á la fortuna? ¿No era él de la Comunidad de Pescadores, como lo fueron sus padres y sus abuelos?...

Se hizo un silencio doloroso en el que podía oirse el sollozar del infeliz, caído sin fuerzas en su asiento, con la cara entre las manos, como avergonzado de su confesión.

—*¡No, redéu, no!*—gritó una voz temblona, con una energía que conmovió á todos.

Era el tío Paloma que, puesto de pie, con el gorro encasquetado, los ojillos llameantes de indignación, hablaba apresuradamente, mezclando en cada palabra cuantos juramentos y tacos guardaba en su memoria. Los viejos compañeros le tiraban de la faja para llamarle la atención sobre su falta de respeto á los señores de la presidencia: pero él les contestaba con el codo y seguía adelante. ¡Valiente cosa le importaban tales peleles á

un hombre como él, que había tratado reinas y héroes!... Hablaba por que podía hablar. ¡Cristo! El era el barquero más viejo de la Albufera, y sus palabras debían tomarse como sentencias. Los padres y los abuelos de todos los presentes hablaban por su boca. La Albufera pertenecía á todos, ¿estamos? y era vergonzoso quitarle á un hombre el pan por si había pagado ó no á la Hacienda. ¿Es que esa señora necesitaba para cenar las míseras pesetas de un pescador?...

La indignación del viejo animaba al público. Muchos reían á carcajadas, olvidando la impresión penosa de momentos antes.

El tío Paloma recordaba que él también había sido Jurado. Bueno era tener el puño duro con los pillos que huyen del trabajo: pero á los pobres que cumplen su deber y por ser víctimas de la miseria no pueden pagar, había que abrirles la mano. *¡Cordones!* ¡Ni que fuesen moros los pescadores del Palmar! No: todos eran hermanos y á todos pertenecía el lago. Esas divisiones de ricos y pobres quedaban para la tierra firme, para los *labradores*, entre los cuales hay amos y criados. En la Albufera todos eran iguales: el que no pagaba ahora ya pagaría más adelante; y los que tuvieran más que supliesen las faltas de los que nada tenían, pues así había ocurrido siempre... ¡Todos al sorteo!

Tonet dió la señal de la barahunda aclamando á su abuelo. El tío Tono no parecía muy conforme con las creencias de su padre, pero todos los pescadores pobres se abalanzaron sobre el viejo, demostrándole su entusiasmo con tirones de la

blusa y cariñosas palmadas, tan vehementes, que caían sobre su nuca arrugada como una lluvia de cachetes.

El Jurado cerró sus libros con expresión de desaliento. Todos los años ocurría lo mismo. Con aquella gente antigua, que parecía siempre joven, era imposible poner en orden los asuntos de la corporación. Y con gesto aburrido fué escuchando las excusas de los que no habían pagado y se levantaban para explicar su morosidad. Tenían enfermos en su familia; les había tocado un puesto malo; estaban imposibilitados para el trabajo por las fiebres malditas, que al anochecer parecían espiar desde los cañaverales la carne de pobre para clavar en ella las garras; y toda la miseria, la vida triste de la laguna insaluble, iba desfilando como un lamento interminable.

Para cortar esta exposición infinita de dolores se acordó no excluir á nadie del sorteo, y el Jurado depositó sobre la mesa el bolsón de piel con las boletas.

—*Demane la paraula*—gritó una voz junto á la puerta.

¿Quién deseaba hablar para nuevas y abrumadoras reclamaciones? Se abrieron los grupos y una gran carcajada saludó la aparición de *Sangonera,* que avanzaba gravemente, frotándose sus ojos enrojecidos de borracho, haciendo esfuerzos por mostrarse en su apostura digno de tomar parte en la reunión. Viendo desiertas todas las tabernas del Palmar, se había deslizado en la escuela y antes del sorteo creyó necesario pedir la palabra.

—*¿Qué vols tú?*—dijo el Jurado con mal humor, molestado por esta intervención del vagabundo, qué venía á colmar su paciencia después de las excusas de los deudores.

¿Qué quería?... Deseaba saber por qué causa no figuraba su nombre en los sorteos de todos los años. Él tenía tanto derecho como el que más á gozar un *redolí* en la Albufera. Era el más pobre de todos; ¿pero no había nacido en el Palmar? ¿no le habían bautizado en la parroquia de San Valero de Ruzafa? ¿no era descendiente de pescadores? Pues debía figurar en el sorteo.

Y la pretensión de este vagabundo, que jamás quiso tocar una red, y prefería pasar á nado los canales antes que empuñar una percha, pareció tan inaudita, tan grotesca á los pescadores, que todos prorrumpieron en carcajadas.

El Jurado contestaba con displicencia. ¡Largo de allí, *maltrabaja!* ¿Qué le importaba á la Comunidad que sus abuelos hubiesen sido honrados pescadores, si su padre abandonó la percha para siempre, dedicándose á la holganza, y él no tenía de marinero más que el haber nacido en el Palmar? Además, su padre no había pagado nunca el impuesto y él tampoco: la marca que en otros tiempos llevaban los *Sangoneras* en sus aparatos de pesca, hacía muchos años que había sido borrada de los libros de la Comunidad.

Pero el borracho insistió alegando sus derechos entre las crecientes risas del público, hasta que intervino el tío Paloma con sus preguntas... ¿Y si entraba por fin en el sorteo y le tocaba uno de los mejores puestos, qué haría de él? ¿cómo

lo explotaría, si no era pescador ni conocía el oficio?

El vagabundo sonrió maliciosamente. Lo importante era conseguir el puesto: lo demás corría de su cuenta. Ya se arreglaría de modo que trabajasen otros por él, dándole la mejor parte del producto. Y en su cínica sonrisa, vibraba la maligna expresión del primer hombre que engañó á su semejante, haciéndolo trabajar para mantenerse en la holganza.

La franca confesión de *Sangonera* indignó á los pescadores. No hacía más que formular en voz alta el pensamiento de muchos, pero aquella gente sencilla se sintió insultada por el cinismo del vagabundo y creyó ver en él la personificación de todos los que oprimían su pobreza. ¡Fuera! ¡fuera! A empujones y pellizcos fué conducido hasta la puerta, mientras los pescadores jóvenes movían ruido con los pies y remedaban entre risas una riña de perros y gatos.

El vicario don Miguel se levantó indignado, avanzando su cuerpo de luchador, con la cara congestionada por la ira. ¿Qué era aquello? ¿Qué faltas de respeto se permitían con las personas graves é importantes que formaban la presidencia?... ¡A ver si bajaba él del estrado y le rompía los morros á algún guapo!...

Al hacerse instantáneamente el silencio, el cura se sentó, satisfecho de su poder, y dijo por lo bajo al teniente:

—¿Vé usted? A este ganado nadie lo entiende como yo. Hay que enseñarles el cayado de vez en cuando.

Más aún que las amenazas del *pare Miquel*, lo que restableció la calma fué ver que el Jurado entregaba al presidente la lista de los pescadores de la Comunidad para cerciorarse de que todos estaban presentes.

Cuantos hombres tenía el Palmar dedicados á la pesca, estaban en ella. Bastaba ser mayor de edad, aunque se viviera al lado del padre, para figurar en el sorteo de los *redolins*.

Leía el presidente los nombres de los pescadores y cada uno de los llamados contestaba «¡Ave María Purísima!» con cierta unción, por estar el vicario presente. Algunos, enemigos del padre Miguel, respondían «*¡Avant!*», gozando con el mal gesto que ponía el vicario.

El Jurado vació un bolsón de cuero mugriento, casi tan antiguo como la Comunidad, y rodaron las boletas sobre la mesa, unas bellotas huecas de madera negra, en cuyo orificio se introducía un papel con el nombre del sorteado.

Uno tras otro eran llamados los pescadores á la presidencia para recibir su boleta y una tira de papel en la que habían puesto el nombre, en previsión de que no supiera escribir.

Eran de ver las precauciones que una astucia recelosa hacía adoptar á la pobre gente. Los pescadores más ignorantes iban en busca de los que sabían leer para que viesen si era su nombre el que figuraba en el papel, y solamente después de muchas consultas se daban por convencidos. Además, la costumbre de ser designados siempre por el apodo, les hacía experimentar cierta indecisión. Sus dos apellidos sólo salían á luz en un día como

aquel, y titubeaban como faltándoles la certeza de que fuesen los suyos.

Después venían las grandes precauciones. Cada uno se ocultaba volviendo el rostro á la pared, y al introducir su nombre en la bellota metía con el papel arrollado una brizna de paja, un fósforo de cartón, algo que sirviera de contraseña para que no cambiasen su boleta. El recelo les acompañaba hasta el momento en que la depositaban en el saco. Aquel señor que venía de Valencia, despertaba en ellos esa desconfianza que inspira siempre el funcionario público á la gente rural.

Iba á comenzar el sorteo. El vicario don Miguel púsose de pie quitándose el birrete, y todos le imitaron. Había que rezar una salve, según antigua costumbre; esto atraía la buena suerte. Y por largo rato los pescadores con el gorro en la mano y la vista baja, mascullaron la oración sordamente.

Silencio absoluto. El presidente agitaba el bolsón de cuero para que se mezclasen bien las boletas, y su choque sonaba en el silencio como lejana granizada. Avanzó hasta el estrado un niño, pasando de brazo en brazo por encima de los pescadores, y metió la mano en el bolsón. La ansiedad era grande: todos tenían la vista fija en la bellota de madera, de la que iba saliendo penosamente el papel arrollado.

El presidente leyó el nombre y se notó cierta indecisión en la concurrencia, habituada á los apodos y torpe en reconocer los apellidos nunca usados. ¿Quién era el del número uno? Pero Tonet se

había levantado de un salto, gritando: «¡Presente!»... ¡Era el nieto del tío Paloma! ¡Qué suerte la del muchacho!... ¡Alcanzaba el mejor puesto en el primer sorteo á que asistía!

Los más inmediatos le felicitaban con envidia, pero él, con la ansiedad del que no cree aún en su buena fortuna, sólo miraba al presidente... ¿Podía escoger el puesto? Apenas le contestaron con un signo afirmativo, hizo la petición. Quería la *Sequiota:* y cuando vió que el escribiente tomaba nota, salió como un rayo del local, atropellando á todos, empujando las manos que le tendían los amigos para saludarle.

En la plaza la multitud aguardaba con tanto silencio como arriba. Era costumbre que los primeros agraciados bajasen inmediatamente á comunicar su buena suerte, tirando el sombrero en alto, como signo de alegría. Por esto, apenas vieron á Tonet bajar casi rodando la escalerilla, una aclamación inmensa le saludó.

—*¡Es el Cubano!... ¡Es Tonet el del bigot! ¡Té el ú! ¡té el ú!...*

Las mujeres se abalanzaban á él con la vehemencia de la emoción, abrazándolo, llorando, como si las pudiera tocar algo de su buena suerte, y recordando á su madre. ¡Cómo se alegraría la pobre si viese aquello!... Y Tonet, revuelto entre las faldas, enardecido por la cariñosa ovación, abrazó instintivamente á Neleta, que sonreía, brillándole de contento los verdes ojos.

El *Cubano* quería celebrar su triunfo. Envió por cajones de gaseosas y cervezas á casa de *Cañamel* para todas aquellas señoras: que bebie-

sen los hombres cuanto quisieran: ¡él pagaba! En un instante la plaza se convirtó en un campamento. *Sangonera*, con la actividad siempre despierta cuando se hablaba de beber, había secundado los deseos de su generoso amigo, trayendo de casa de *Cañamel* todas las pastas viejas y duras, almacenadas en los cristales del escaparate; y pasaba de corro en corro, llenando vasos y deteniéndose con frecuencia en el reparto para obsequiarse á sí mismo.

Iban bajando los agraciados con los otros primeros puestos y echaban su sombrero en alto, gritando: ¡vítor! ¡vítor! Pero sólo acudían á ellos su familia y sus amigos. Toda la atención era para Tonet, para el número uno, que tan rumboso se mostraba.

Los pescadores abandonaban la escuela. Habían ya salido unas treinta boletas; sólo quedaban los *redolins* malos, los que apenas daban para comer, y la gente desocupaba el local, sin sentir interés por el sorteo.

El tío Paloma iba de grupo en grupo recibiendo felicitaciones. Por primera vez se mostraba satisfecho de su nieto. ¡Jé, jé!... La suerte es siempre de los pillos: ya lo decía su padre. Allí estaba él con sus ochenta sorteos, sin conseguir nunca el uno, y llegaba el nieto de correrla por tierras lejanas, y al primer año, la suerte. Pero, en fin... todo caía en la familia. Y se entusiasmaba pensando que iba á ser durante un año el primer pescador de la Albufera.

Enternecido por la suerte, se aproximó á su hijo, grave y ensimismado como de costumbre.

¡Tono; la fortuna había entrado en su barraca y había que aprovecharla! Ayudarían al pequeño que no entendía mucho de las cosas de pesca, y el negocio sería grande.

Pero el viejo quedó estupefacto al ver la frialdad con que contestaba su hijo. Sí; aquel primer puesto era una suerte, poseyendo los útiles necesarios para su explotación. Se necesitaban más de mil pesetas sólo para las redes. ¿Tenían ellos ese dinero?...

El tío Paloma sonrió. No faltaría quien lo prestase. Pero Toni, al oir hablar de préstamos hizo un gesto doloroso. Debían mucho. No era flojo tormento el que le hacían sufrir unos franceses establecidos en Catarroja, que vendían caballerías á plazos y adelantaban dinero á los labradores. Había tenido que solicitar su auxilio, primeramente en los años de mala cosecha, ahora para impulsar un poco el enterramiento de su laguna, y hasta en sueños veía á los tales hombres, vestidos de pana, que chapurraban amenazas y sacaban á cada paso la terrible cartera en la que inscribían los préstamos con su complicada red de intereses. Ya tenía bastante. El hombre, cuando se ve metido en una mala aventura, debe salvarse como pueda, sin buscar otra. Le bastaban las deudas de agricultor y no quería enredarse en nuevos préstamos para la pesca. Su único deseo era sacar sus tierras á flor de agua, sin entramparse más.

El barquero volvió la espalda al hijo. ¿Y aquella era su sangre?... Prefería á Tonet con toda su pereza. Se iba con su nieto y ya se ingeniarían

los dos para salir del paso. Al dueño de la *Sequiota* nunca le falta dinero.

Tonet, rodeado de amigos, agasajado por las mujeres, enorgullecido por la húmeda mirada de Neleta fija en él, sintió que le llamaban tocándole en un hombro.

Era *Cañamel*, que parecía cobijarle con sus ojos cariñosos. Tenían que hablar: por algo habían sido siempre buenos amigos, y la taberna era como la casa de Tonet. No había que dejarlo para luego: los negocios entre amigos se arreglan pronto. Y se apartaron algunos pasos, seguidos por las curiosas miradas del gentío.

El tabernero abordó el asunto. Tonet no dispondría de lo necesario para explotar el puesto que le había tocado en suerte. ¿No era así?... Pues allí le tenía á él, un amigo verdadero, dispuesto á ayudarle, á asociarse para el negocio común. El lo proporcionaría todo.

Y como Tonet callase, no sabiendo qué contestar, el tabernero, tomando su silencio por una negativa, volvió á la carga. ¿Eran camaradas ó no? ¿Es que pensaba acudir como su padre á aquellos extranjeros de Catarroja que se chupaban á los pobres? El era un amigo: hasta se consideraba casi un pariente, porque, ¡qué demonio! no podía olvidar que su mujer, su Neleta, se había criado en la barraca de los *Palomas;* que muchas veces le habían dado allí de comer y que á Tonet lo quería ella como á un hermano.

El codicioso tabernero usaba con el mayor aplomo de estos recuerdos, insistiendo sobre el cariño fraternal que su mujer sentía por el joven.

Luego apeló á una resolución más heroica. Si dudaba de él, si no lo quería por compañero, llamaría á Neleta para que le convenciese. Seguramente que ella lograría atraerlo al buen camino. Qué... ¿la llamaba?

Tonet, seducido por estas proposiciones, dudó antes de aceptarlas. Temía las murmuraciones de la gente, pensaba en su padre, recordando sus severos consejos. Miró en torno suyo, como si pudiera inspirarle el aspecto de la gente, y vió á su abuelo que desde lejos le hacía signos afirmativos con la cabeza.

El barquero adivinaba las palabras de *Cañamel*. Justamente había pensado en el rico tabernero para que fuese su auxiliar. Y animó á su nieto con nuevos gestos. No debía negarse: aquel era el hombre que necesitaban.

Decidióse Tonet, y el marido de Neleta, adivinando en sus ojos la resolución, se apresuró á formular las condiciones. El facilitaría todo lo necesario y Tonet y su abuelo trabajarían: los productos á partir. ¿Estaba conforme?...

Conforme. Los dos hombres se estrecharon la mano, y seguidos de Neleta y el tío Paloma marcharon hacia la taberna con el propósito de comer juntos para solemnizar el trato.

Por la plaza circuló inmediatamente la noticia. ¡El *Cubano* y *Cañamel* se habían juntado para explotar la *Sequiota!*

A la *Samaruca* hubo que llevársela de la plaza por orden del alcalde. Escoltada por algunas mujeres, emprendió el camino de su barraca, rugiendo como una poseída, llamando á gritos á su her-

mana, que había muerto hacía años; afirmando á todo pulmón que *Cañamel* era un sinvergüenza, ya que por realizar un negocio, no vacilaba en meter en casa al amante de su mujer.

V

Cambió por completo la situación de Tonet en el establecimiento de *Cañamel*. Ya no era un parroquiano: era el socio, el compañero del dueño de la casa, y penetraba en la taberna desafiando con altivo gesto la murmuración de las enemigas de Neleta.

Si pasaba allí los días enteros, era para hablar de sus negocios. Entrábase con gran confianza en las habitaciones interiores, y para demostrar que estaba como en su casa, franqueaba el mostrador, sentándose al lado de *Cañamel*. Muchas veces, si éste y su mujer andaban por dentro y algún parroquiano pedía algo, saltaba el mostrador y con cómica gravedad, entre las risas de los amigos, servía los géneros, remedando la voz y los ademanes del tío Paco.

El tabernero estaba satisfecho de su asociado. Un excelente muchacho, según declaraba ante los concurrentes de la taberna, cuando Tonet no estaba presente; un buen amigo, que si guardaba buena conducta y era laborioso, iría lejos, muy lejos, contando con el apoyo de un protector como él.